

UN LIBRO IMPOSIBLE y otras prosas breves

Alejandro Bekes



Un libro imposible

Era uno de esos libros formidables y extraños que leía mi padre: un libro, ay, que ya no puedo recuperar y cuyo título y autor se han perdido para mí, como si se hubieran volado para siempre en las manos del viento. Y bien: al menos recuerdo las líneas generales del argumento; más honesto sería decir que recuerdo *la* línea general, que le arrancaba a mi padre una sonrisa de admiración y de aprobación. Sin duda él pensaba que así es como suceden las cosas, que ese libro (¡ay, cómo pude olvidar su autor y su título!) o esa historia, mejor dicho, revelaba una de las leyes secretas que rigen el mundo; mundo que si nos parece absurdo es porque no conocemos sino una ínfima parte de su trama intrincada, de su ramificada y multitudinaria evolución. Me lo contó, además, mientras se afeitaba o terminaba de vestirse para salir, y me parece verlo

mientras bajaba la escalera, ya con los minutos contados, dándole la vuelta final a su memorable relato.

Trataré de recobrar el argumento. Un hombre (no sé mucho de él, pero me lo imagino de unos cuarenta años, animoso, poco sentimental aunque afectuoso con los suyos, de rasgos firmes, sensato y metódico) ha dedicado años a la elaboración de una teoría de la historia; una teoría que vincula hechos hasta ahora inconexos y permite, en consecuencia, hacer inesperadas predicciones, a punto tal que es realmente una *historia del futuro*. La erudición y desarrollo argumental de la tesis le auguran un éxito formidable en el seno de la recelosa o envidiosa comunidad científica. La redacción del libro, no obstante, se ve obstaculizada por infinidad de contratiempos inesperados (kafkianos, pensará mi lector, pero estoy seguro de que el relato no era de Kafka ni de sus

epígonos, si es que los hay). No recuerdo cuáles eran los contratiempos y no quiero inventarlos, aunque con ello pierda fuerza el relato: admita el lector que intentarlo me costaría poco. Como sea, el tenaz investigador corona al fin su obra y busca un editor. Habla con uno y con otro sin hallar ningún eco. Al fin, alguien responde favorablemente: con solo conocer la idea general se muestra ansioso de leer el manuscrito. El autor viaja para verlo. Al arribar se entera de que el futuro editor acaba de morir inesperadamente. Tras tantos años de combatida y ardua tarea, llega para velar un cadáver.

Mientras se pone, con voluntad decidida, a buscar otro editor, el hombre conoce a una mujer y se enamora de ella. Ella, sin reticencia ni ambigüedad, le manifiesta también su amor; planean casarse pronto, pero siempre algo los retrasa, los demora, les impide alcanzar la felicidad. Al fin ella le dice, llorando, que deberán olvidar aquello que los une, aunque mutuo y sincero, porque una fuerza superior los aparta. El hombre, desesperado, se aferra a su obra. Guarda el manuscrito en un maletín de cuero y se sube a un tren: espera estar al día siguiente en la ciudad donde un nuevo editor lo espera. Esa noche, un ladrón entra en su camarote y quiere arrebatarse el maletín, pensando que contiene dinero. Forcejean en el pasillo oscuro, el maletín se abre. Por una ventanilla mal cerrada el escritor ve que están atravesando un puente sobre un hondo y oscuro valle. Una racha de viento llega y aquellas páginas, laboriosamente redactadas por años y años, se vuelan sobre el abismo. El ladrón huye. El hombre piensa en suicidarse. No lo hace, sin embargo. Al llegar a destino, ya de mañana, desiste para siempre de su empresa; desiste de recobrar, siquiera fragmentaria o parcialmente, su obra. Toma el teléfono y llama a su amada. Ella le pide que regrese en cuanto pueda. Él lo hace. Se casan, sus asuntos prosperan, empieza la mejor época de su vida.

Pareciera, concluía mi padre, que hay cosas que nos están vedadas, no por alguien, sino por una fuerza que desconocemos. Quizá yo tampoco deba leer nunca el libro en que se cuenta la historia. Pienso que algún lector de esta nota sabrá reconocerlo y se dirá: «¡Pero si es...!». Y sonreirá de mi ignorancia o de mi ceguera. En el mismo instante en que el escritor abandona su empeño, la suerte lo libera. No tenía que publicar aquello. Desde muy antiguo se dijo que cada libro tiene su suerte: *Habent sua fata libelli*. Para algunos, la existencia misma ha sido negada.

Frases más o menos históricas

En la escuela primaria solía contarnos la maestra que, durante el combate de San Lorenzo, en 1812, el entonces teniente coronel José de San Martín estuvo a punto de morir cuando una carga de mortero mató a su caballo y una pierna le quedó aprisionada bajo el cuerpo del animal. El sargento Juan Bautista Cabral se abalanzó para rescatar a su jefe; un *godo* que arremetía le clavó la bayoneta; el granadero Baigorria advirtió la cosa, mató al enemigo y salvó a San Martín, aunque no a Cabral, que estaba malherido. Este exclamó entonces, con su último aliento: «Muero contento, hemos batido al enemigo». La frase, puesta en boca de un hombre que tiene una herida tremenda por donde se le escapa la vida, ilustra a la perfección lo que Ernesto Sabato dice de las frases históricas: que de todas las cosas apócrifas, ellas lo son en el grado más enérgico. Dado el carácter de la historia humana, prosigue Sabato, la mayor parte de esas frases han sido pronunciadas en el fragor de una batalla, o en la cámara de torturas, o a la sombra triangular de la guillotina; en tales condiciones, sin duda, hay que estar muy envenenado de literatura para soltar tan rotundos epifonemas. Alguien, intentando corregir al historiador y recordando el origen correntino del buen Cabral, proponía en su lugar la frase, bastante más verosímil: «Les cagamos, ch'amigo». Más probable aún es que el pobre sargento no haya podido articular palabra. Mientras veía la serie *Roma* fraguada por la BBC, me gustó comprobar lo que sigue: cuando llega la muerte de César, Bruto y la lente se acercan, hasta un punto casi intolerable, al rostro agonizante del dictador; el espectador espera la frase famosa: «¡Tú también, hijo mío!» El espectador se pregunta: ¿la dirá en inglés, en latín, o en griego, que habría sido, según Suetonio o Plutarco, la lengua usada por César en aquel trance? Y aquí el hombre, aunque se desespera por hablar, muere entre bocanadas de sangre sin soltar una sílaba. No solo es esto lo más verosímil: también es lo más elocuente. Elocuente, pienso, como el silencio que John Keats atribuye a Balboa (a quien por un error gracioso confunde con Hernán Cortés, así como ubica el Darién en la orilla opuesta) cuando sus ojos vieron el Mar del Sur, es decir, el Océano Pacífico; pues no menos estupendo que hallar un continente es encontrarse con el océano mayor del planeta:

Silent, upon a peak in Darien.

No puedo ocultar mi envidia por aquellas vidas inconcebibles; pienso a menudo en el globo terráqueo que el emperador Carlos regaló a Sebastián Elcano (Magallanes había muerto en las Filipinas), con la leyenda: *Tu primus circumdedisti me*: «Fuiste el primero en rodearme». ¿Puede haber una gloria comparable a que el planeta mismo te hable, osado marino, y te haga ese elogio?

Es claro que, aunque no creamos en la verdad histórica de las frases históricas, nadie nos privará del placer de citarlas y saborearlas. Calculo que mi lector, semejante en esto a Sancho Panza, tendrá ya en mente una buena docena de ellas; yo tengo que excavar en la mía para encontrar alguna que valga la pena. Aportaré, sin embargo, alguna que otra. Del ingenioso Filipo de Macedonia recuerdo las dos que siguen. La primera no requiere de mayor contexto. «Ninguna ciudad es inexpugnable, dijo, si uno puede hacer entrar por sus puertas un asno cargado de oro». Yo interpreto que el verdadero asno es el que deja entrar a ese asno. La segunda frase la dijo cuando leyó una copia del discurso que había pronunciado Demóstenes, su gran adversario, en Atenas. «Es tan elocuente, dijo, que de haber estado allí habría votado en contra de mí mismo».

Este delgado humorismo me incita a saltarme los siglos y pasar a Francia. Enrique IV dijo, según su leyenda, dos frases dignas de memoria. La primera: «París bien vale una misa», se hizo proverbio. La habría dicho cuando le impusieron, como requisito para ser rey de Francia, abandonar el protestantismo y volverse católico. *Volverse*, porque lo había sido de nacimiento. Años más tarde, en 1603, murió Isabel I de Inglaterra, la así llamada «Reina Virgen»: tan virgen que Shakespeare pudo compararla con Diana y llamarla *the mortal moon*; lo que no impidió que se hablara mucho de su intimidad juvenil con Robert Dudley, hombre casado, y años más tarde, de su madura intimidad con Robert Devereux, conde de Essex, a quien el exceso le costó literalmente la cabeza; sin contar otros condestables quizá un poco menos notorios y bellos; murió *Gloriana* y Enrique, según dicen, deslizó la segunda frase: «Ella era virgen como yo católico».

El antónimo de este filoso ingenio es el obtuso de Luis XVI, que salió un día a cazar jabalíes y, como no cazó ninguno, anotó en su diario: «Hoy, nada». Y ese día era el 14 de julio de 1789.

Deploro no tener un repertorio más rico; quizá la frase histórica más bella que puedo recordar es la que inventó Tolstoi para el ficticio Pierre de *Guerra y paz*. El

hombre, capturado por los franceses, que marchan pesadamente en retirada a través de Rusia, quiere pasar una cerca y los soldados se lo impiden. Parece comprender entonces, súbitamente, que está privado de su libertad, y se echa a reír. Entre carcajadas dice: «¡Me han hecho prisionero! ¡A mí, con mi alma inmortal!».

No ignoro, por desgracia, las frases que los presidentes y otros personajes visibles de mi propia nación han profesado en la historia reciente. De verdad preferiría ignorarlas. No son dignas de memoria: son, precisamente, dignas de olvido. *Non ragionam di lor, ma guarda e passa*, le aconsejaba Virgilio a Dante, en la infernal antesala del Infierno. Me refugiaré entonces en el pasado, y mejor todavía, en el pasado remoto.

Los espartanos son sujeto copioso de frases, que no sé si corresponde llamar «históricas», salvo porque las registran los historiadores; frases, en su mayor parte, ya muy citadas. No lo ha sido tanto, sin embargo, esta que Heródoto atribuye a dos de ellos. Se llamaban Bulis y Espertias y viajaban como rehenes voluntarios a la corte de Jerjes, rey de Persia. Se habían ofrecido como víctimas para aplacar al héroe Talibio, patrono de los heraldos, que tenía templo en Esparta y que estaba ofendido por el tratamiento que la ciudad había dado, tiempo atrás, a unos enviados de Darío, padre de Jerjes. Darío había mandado dos hombres para pedir a los lacedemonios «agua y tierra», vale decir, sumisión. Ellos metieron a los heraldos en un pozo y les dijeron que sacaran de allí toda el agua y la tierra que quisieran... En fin, el caso es que Bulis y Espertias, en viaje a Susa, se presentaron ante el general persa Hidarnes; este, tras ofrecerles un regio banquete, los reconvino por su absurdo patriotismo. Les aconsejó traicionar a Esparta y hacerse vasallos de Jerjes, quien los premiaría con el gobierno de algunas partes de Grecia; la prebenda les permitiría vivir como reyes. Los dos espartanos respondieron a Hidarnes: «Tu consejo no es imparcial; sabes muy bien lo que es la esclavitud, pero nunca has probado la libertad, y no sabes si es dulce o no. Si la hubieras probado, no nos aconsejarías combatir por ella con lanzas, sino con hachas».

No menos memorable y mucho más patética es la frase que Plutarco pone en boca de Pompeyo, cuando el gran general comprendió que le había llegado la hora. La conocí gracias a Marcos Ruvituso y en su honor aquí la rememoro. Pompeyo, vencido en Farsalia y fugitivo de las tropas de César, llega con su familia al puerto de Alejandría. Lo espera una barcaza que ha de llevarlo a puerto;

algo raro hay en la actitud de los soldados que están en ella. Pompeyo tiene que subir solo, su mujer y sus hijos quedan en la nave mayor. El general se vuelve a su esposa y le recita entonces estos yambos de Sófocles; de una tragedia de Sófocles que se ha perdido:

Aquel que hacia el tirano se encamina,
su esclavo es, por más que libre parta.

Pero la última frase de Pompeyo no es esa, sino la que dirige enseguida a un tal Septimio, que será su verdugo. Sube a la barcaza, lo ve, advierte que el otro evita sus ojos y le dice con tranquila sonrisa: «¿No te conocí yo en otro tiempo, cuando éramos compañeros de armas?». El otro no le responde. Pompeyo, decidido a morir como un romano, lejos de rebajarse a pedir una piedad ya inútil, se pone a leer sus tablillas. En cuanto pisan tierra de Egipto, Septimio saca un puñal y hiere a Pompeyo por la espalda. Otros dos lo imitan. Cae. El clamor de los suyos en la nave madre llega a la tierra. El clamor se pierde, pero la tranquila frase del hombre que acaba de aceptar su destino atraviesa los milenios, no dejará de sonar mientras alguien sepa leer en este triste mundo.

Una vieja polémica

Agradecido lector de Ernesto Sabato, debo confesar que releo mucho más sus ensayos que sus novelas, pero estas (o al menos la más notable, *Sobre héroes y tumbas*) han moldeado de modo perdurable mi visión de la realidad. Mi agradecimiento, por otra parte, no implica siempre aquiescencia. Soy aun más amigo de la verdad que de Ernesto Sabato. Él mismo ha dicho que las equivocaciones geniales tienden a fijarse *in saecula saeculorum*, como el ingenuo dictamen de Aristóteles sobre la caída de los cuerpos. Sabato, en una carta al presidente de la Academia de Letras, declina la invitación a ser miembro de ese organismo por considerar que las academias en general son inútiles; y aduce, entre otras cosas, que las grandes obras de las literaturas en lengua vulgar de la Edad Media fueron creadas sin deberle nada a la retórica latina y a su milenaria tradición. El gran libro de Ernst Robert Curtius *Literatura Europea y Edad Media Latina* (1948; lo leo en la excelente edición castellana de Margit Frenk y Antonio Alatorre, México, 1954) parece haber sido escrito, premonitoria y cabalmente, para refutar ese aserto. Demuestra, con infinidad de ejemplos, que la li-

teratura latina medieval y su acervo de modelos y consejos literarios fueron precisamente la cuna en que se mecieron los primeros balbuceos de las literaturas en lengua popular, y que su perdurable influjo llega hasta bien entrada la era moderna, o sea, hasta lo que Curtius denomina la catástrofe cultural europea del siglo XIX.

No me parece dudoso que la tesis del escritor argentino proceda del concepto romántico de la creación literaria, mediado en todo caso por la prédica existencialista. Y esa tesis apenas necesita defensa, porque hoy prevalece de manera abusiva. Para Sabato, la legitimidad de una creación artística es cuestión visceral; cree que las obras auténticas nacen de la pasión y no del arte; ha dicho que Dostoievsky no se preocupará por un adjetivo, cuando está en juego el destino de sus personajes. Parece que hemos llevado al extremo la antigua máxima según la cual el poeta nace y el orador se hace (*orator fit, poeta nascitur*). La cuestión, en efecto, pertenece también a la tradición latina. Recordemos aquel pasaje del *Arte poética* de Horacio donde se dice que el mísero arte no suele tener la fortuna crítica que tiene, en cambio, lo que hoy llamaríamos inspiración (*ingenium*). Horacio no se abstiene de ironizar sobre esto, diciendo que a un hombre le bastará con dejarse crecer las uñas y la barba, apartarse de la sociedad humana y dejar de bañarse, para merecer la estima y el nombre de poeta. La posición horaciana de Curtius se resume en uno de los lemas que inauguran su libro, y que pertenece a Petronio: *Neque concipere aut edere partum mens potest nisi ingenti flumine litterarum inundata*. «Ni puede concebir el espíritu ni dar a luz, sino inundado de un ingente caudal de literatura». Siempre cabe admitir, no obstante, que la inundación es necesaria, pero no suficiente; si lo fuera, todos los eruditos del mundo serían poetas.

Voces búlgaras

Una amiga me regaló el disco, hace años, porque a ella no le había gustado. En mis noches de insomnio me dedicaba por entonces a fraguar un apunte para mis alumnos, relativo a la prehistoria humana. Leí interesantes libros sobre el Hombre de Neanderthal y otros homínidos y luego los fui resumiendo y comentando. Esta música quedó ligada desde entonces a ese mundo antiquísimo, anterior a la escritura y a la rueda, el mundo elemental en que aquellos antepasados nuestros encendían el fuego y se cubrían con pieles de bisonte o de lobo para sobrevivir a la noche gla-

ciar. La asociación no es fortuita: también en estas voces, que me suenan tan extrañas y al mismo tiempo, sin embargo, extrañamente familiares, hay un sabor de antigüedad inexpresable, de mitologías perdidas y de rituales ya incomprensibles, cargados de augusta presencia. No sospecho siquiera lo que dicen las palabras que esas voces pronuncian; el sonido de la lengua ignota se une a la música, se amalgama con ella y la ayuda en su tarea de sacarnos de donde estamos, para instalarnos en un tiempo olvidado desde antes de nacer.

En la penumbra de un alba sin número, quizá sin nombre de su luna, un grupo de seres abrumados de pena salen de un lugar oscuro y se paran frente a una fosa recién abierta. Depositán allí un cuerpo envuelto en largas pieles de reno; junto a él ponen algunas armas, o algún utensilio que hoy nos costaría identificar. Arrojan sobre ese cuerpo inerte unas pocas flores, con cuyo polen tendrán para entretenerse los microscopios del futuro. No pueden imaginarme, tal vez, ni imaginar que uno de su stirpe se dedique a poner estos pequeños dibujos, uno tras otro, monótonamente, en la memoria invisible de una máquina que yo tampoco imagino, aunque sepa usarla, mientras escucho lo que unas voces grabaron en otra máquina, también inimaginable, hace quién sabe cuánto y quién sabe dónde. Pero lo que nos une a esos hombres antiguos y a mí y a los que grabaron la música es ese ritual que ahora ejecutan: enterrar a sus muertos. Ellos son como yo; yo soy un miembro de su tribu. Siento la misma perplejidad y la misma pena, el infinito de la nada se abre ante mí igual que esa fosa prehistórica. Una mano curtida arroja sobre el cuerpo un montón de tierra. Otra lo hace después, y todas, hasta que se forma sobre la fosa un pequeño túmulo. Esa es toda la historia, nada más ha ocurrido desde entonces y nada más ocurrirá. El día sube, triste y neblinoso, sobre esos rostros apenados. Un coro inimaginable sube, se entrecruza en armonías asombrosas, alza su himno a la memoria del que se ha ido para siempre.

Remordimientos por la lluvia

Leo, en una buena edición del *Quijote*, que cierto pasaje de las penitencias en la Sierra Morena fue suprimido en la segunda edición de la obra, porque la Inquisición lo consideró irreverente. Don Quijote quiere rezar y no tiene rosario; entonces corta una franja de su camisa, le hace va-

rios nudos y ahí lo tiene... No es que nos asombre la falta de sentido del humor de los señores inquisidores. En todo caso, debe asombrarnos que Cervantes le haya podido esquivar el bulto a la hoguera. No sé (pero puedo hacer la pesquisa de aquí a poco, si el lector me aguarda en línea) qué habrán dicho los inquisidores de un pasaje mucho más agresivo: aquel en que el Caballero de la Triste Figura responde al confesor de los duques.

La censura es la madre de la metáfora: frase que, según George Steiner, pronunció Jorge Luis Borges en una entrevista, pero que hubiera podido ya esgrimir el viejo Fedro, liberto de Augusto, cuando ponía el origen de la fábula en la condición servil: un esclavo, dice, no se atreve a dar consejos directos a su señor; en cambio, puede dárselos en forma de parábola o de ejemplo. Ejemplo que siguió también, no hace falta insistir, el fiel consejero Patronio: cuando su amo, el conde Lucanor, le pide consejos, él empieza por contarle una historia, real o inventada, verosímil o fabulosa, de donde ambos puedan fácilmente extraer el consejo deseado. Quizá así el conde mantiene la ilusión de haber encontrado él mismo la respuesta, sin menoscabo de su condición de amo; quizá (y esto vale más) lo que aprendemos de manera fantástica y metafórica nos hace un efecto más profundo y duradero que las frases abstractas.

Mucho peor que la censura es, no digo nada nuevo, la autocensura. Anoche llovió y sentí el deseo de recordar qué había escrito sobre la lluvia el poeta más lluvioso que existe: Pablo Neruda. Siempre están conmigo estos versos de *Residencia en la tierra*:

La lluvia cae sobre mí y se me parece,
se me parece con su desvarío, solitaria en el mundo
muerto,
rechazada al caer y sin forma obstinada.

Ahora, sin embargo, abro las *Odas elementales* y allí hay también, por cierto, una «Oda a la lluvia». El poeta dice que esta lluvia que ahora cae no viene del cielo o del Oeste, sino de su infancia. Bien. Pronto acuden a él metáforas nuevas y alegres: la lluvia es el cielo que baja, desnuda y fresca anda por el mundo... ¡Llueve! Ahí está el poema —pensamos. Pero no. El poeta, súbitamente, siente remordimientos. Acaba de acordarse de que es comunista y que hay proletarios sin techo, o con techos precarios por donde pasa la lluvia. ¿Cómo, entonces, le puede causar alegría la lluvia? Hay que decir algo sobre los pobres: hasta que no

haya un techo seguro para cada obrero, no podremos alegrarnos porque llueva... Cierro el libro con un leve principio de asco. Desde luego, estoy de acuerdo en que todos nos merecemos un techo seguro. Sin ser obrero ni exactamente proletario, se me ha llovido el mío muchas veces a lo largo de mi vida, y puedo jurar que no es agradable. Pero la lluvia es la lluvia. Detesto que un gran poeta subestime la inteligencia de sus lectores, solo para halagar la falta de inteligencia de los jerarcas del partido, que probablemente no entendieran ni jota de poesía, ni de lluvia. Pero más pena me da que un gran poeta sacrifique su propia inteligencia y se obligue a decir sandeces para quedar bien con sus patrones (como bien dijo, premonitoriamente, Antonio Gramsci). El conde Lucanor ponía a salvo la de su criado Patronio, al admitir los límites de la suya.

Hace poco, el que fue Director de la Biblioteca Nacional, que es además escritor y un activo defensor del modelo político vigente, renunció a su puesto porque —dijo— «había ejercido su función al filo de la disidencia» y no podía continuar así... Pablo Anadón ha analizado la cuestión en un artículo agudo. Un intelectual (aceptemos esta palabra ambigua) que ha hecho durante doce años la apología más irrestricta del gobierno nacional, considera que, sin embargo, es «casi» un disidente. ¡Pecado mortal! Anadón publicó su artículo en un diario de Córdoba y cosechó casi de inmediato un verano completo de insultos; viejos amigos dejaron de saludarlo...

Me parece evidente que en los medievales tiempos del Conde Lucanor hubo más libertad de palabra que hoy. Vivimos bajo censura; censura explícita o implícita, mucho más triste, mucho más humillante esta que aquella.

La última frase

Leo y releo el *Borges* de Bioy Casares; leo hasta dormirme con el libro en la mano: no lo puedo soltar una vez empezado, es una de las drogas más adictivas que se hayan producido por estas pampas. Lo leo sin orden, abriéndolo al azar como quien prende la tele para distraerse y no porque busque alguna cosa en particular. Leo incluso las dos millones de veces en que Bioy se limita a consignar que su amigo come con él... Por la razón que sea, la conversación de los dos escritores, sus mínimas aventuras caseras, su intimidad, en suma, me seduce, me entretiene. Por más que se les vaya tanto la mano, por más que la mitad de las veces sus juicios resulten arbitrarios y hasta absurdos, y generalmen-

te no dejen títere con cabeza, me parece que esta lectura me ayuda a discernir lo malo: a verlo, mejor dicho. Ahora me despierto y abro las últimas páginas. Por su misma determinación de evitar las notas patéticas, Bioy conmueve al fin. Dice que va a comprar un libro —un libro que Borges y él habían compartido años atrás— y el librero le dice que Borges ha muerto. Bioy da los primeros pasos en un mundo sin Borges. Las páginas finales registran los recuerdos de un desconocido, el último que estuvo con aquel en Ginebra, mientras agonizaba... Omíto algo. Cuando hablan —última vez— por teléfono, Borges le dice «con una voz extraña»: *No voy a volver nunca más*. La voz suena extraña porque está llorando. Repaso la frase. Hubiera bastado con decir: *No voy a volver*. El enemigo mortal del pleonismo y del énfasis dijo una frase que los dos habrían puesto tal vez, en tiempos más felices, en la picota del sarcasmo. Es claro que la frase no pretende ser ficción literaria. Eso la absuelve. Aciagamente.

Máscaras

Por los doscientos rostros que pueblan una fiesta de bodas, la mirada indolente se desliza buscando algo. ¿Simpatía? ¿Complicidad? No: misterio. La mirada tarda un tiempo en darse cuenta de lo que busca, como quien ha estado rastreando algo en un entresueño, en el umbral de la conciencia, y ahora lo sabe. Pero en estas doscientas caras festivas el misterio brilla en general por su ausencia. De pronto ese observador indolente comprende que el misterio solo podría estar en la máscara: quien encierre y atesore en su existencia un enigma —*ma vie a son mystère*, escribía Félix Arvers— no podrá sino velar con un antifaz su vanguardia ante el mundo, ocultar su estrategia de angustias, enmascararse. A esta altura, bruscamente me parece descubrir la pertinente frase de Nietzsche, oída hace años en uno de tantos congresos académicos (y qué absurdo parece dedicar congresos académicos a Nietzsche: algo así como un cónclave de corderos que se reunieran a estudiar el discurso del lobo); una frase, decía, que nunca creí entender y que reencontré años después en el inteligente libro de Ángel Rama, *Las máscaras democráticas del modernismo*. Y bien: «Todo lo que es profundo ama la máscara» (*Alles, was tief ist, liebt die Maske*), escribe Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, 40. Para el hombre del superhombre, la máscara sería algo bien diferente del símbolo o de la imagen;

pues lo que dice es esto (en la versión de Andrés Sánchez Pascual, es decir, *the authorized version*):

Todo lo que es profundo ama la máscara; las cosas más profundas de todas sienten incluso odio por la imagen y el símbolo. ¿No sería la *antítesis* tal vez el disfraz adecuado con que caminaría el pudor de un dios?¹

El segmento que sigue a esta vibrante pregunta resulta, a mi modo de ver, anodino: se explaya sobre el pudor y sus estrategias, supone que el pudor extremo podría llegar a fingir grosería para ocultarse... Cosas que me parecen propias de alguna mala novela inglesa de la época victoriana y en definitiva un principio apto para justificar las groserías que tanto abundan en todas partes y en todas las épocas. Pero después dice esto:

Semejante escondido... quiere y procura que sea una máscara de él la que circule en lugar suyo por los corazones y cabezas de sus amigos; y suponiendo que no lo quiere, algún día se le abrirán los ojos y verá que, a pesar de todo, hay allí una máscara de él —y que es bueno que así sea. Todo espíritu profundo necesita una máscara: más aún, en torno a todo espíritu profundo va creciendo continuamente una máscara, gracias a la interpretación constantemente falsa, es decir, *superficial*, de toda palabra, de todo paso, de toda señal de vida que él da.

Fatalmente asocio esto con las metáforas, más que con las antítesis (obvias quizá) y con aquellas frases enigmáticas de que ya he hablado. (No obstante, qué antitética máscara usa Melville en aquel pasaje de *Moby Dick*, donde se dedica a afirmar y reafirmar que su historia no encierra una alegoría ni debe leerse como el símbolo de nada...). Fatal también el encuentro entre Nietzsche y Jesús (entre Dios y el Diablo): uno habló de ser mansos como palomas y cautos como serpientes, el otro de esas palabras que llegan con pisadas de paloma y transforman el mundo. Pero no era ahí adonde iba, me parece.

Vuelvo a mi fiesta de disfraces, sin disfraces. La gente se inviste para las fiestas: los hombres se uniforman de

¹ Sería ir demasiado lejos, me temo, imaginar un vínculo entre este pasaje y el cuento de Borges «Tres versiones de Judas». En todo caso, no es difícil leer este cuento como una glosa (una terrorífica glosa) a la pregunta de Nietzsche.

traje y corbata, las damas difieren ruidosamente con vestidos más o menos clásicos, elegantes, disparatados, provocativos. Uno trata de imaginar por qué tal o cual de ellas se vistió así, considerando que el vestido expresa una intención o un modo de ser. Pero son las caras, finalmente, las que atraen la atención del que busca el misterio en un alma. Si lo que es profundo ama la máscara, parece lógico que lo superficial se muestre tal como es. El ojo avizor puede deslizarse sin encontrar demasiada resistencia. Es preferible aquella sonrisa falsa, o que así me parece, porque debajo quizá se esconda la pasión que desfonda y abre el abismo: el rencor, la tristeza, el amor prohibido, ¡quién sabe! Lo dijo Bécquer:

Y ella... ella, ¡no hay máscara
semejante a su rostro!

Finalmente mis ojos se detienen en el perfil que tengo a mi lado, en la mujer con quien he venido a la fiesta. Y descubro que el misterio insondable no está en la máscara, sino en la belleza.

Algo más sobre el destino de los libros

Pro captu lectoris, habent sua fata libelli.
TERENCIANO MAURO

Me deprime una breve visita al exhibidor de libros del supermercado. Compruebo que no quiero leer novelas históricas, aunque estén bien escritas: mucho mejor es leer la historia, en todo caso, o la que pasa por tal, que ya es lo bastante ficticia para volver superfluas las ficciones basadas en ella. Menos todavía, leer esas novelas hechas a medida del mercado, con calculadas dosis de intriga policial, corrupción política y perversiones sexuales. No voy a hablar de esos libros en que un psicólogo se propone auxiliar a su lector desvalido. Se dirá con razón que un supermercado no es el mejor lugar para inspeccionar libros. Lo triste es que las librerías no suelen ser muy diferentes ahora. El buen papel y las tapas relucientes me hacen el efecto de cadáveres con uniformes blancos y botas bien lustradas, como en el cuento de Tolstoi. Nada puede compararse, pues, al amor que me inspiran las librerías de viejo.

Quiero escribir para los lectores que frecuentan librerías de viejo. ■ ■